

ción de ciertas armas reside en su propia naturaleza de instrumento bélico y social a la vez. Bastaría considerar que su potencia está en relación con su capacidad previa para asociar y multiplicar la vida humana. Un arco y una flecha representan tanto riesgo para la vida primitiva, como la bomba atómica para nuestra apretada humanidad. En cuanto los efectos de ésta última sobrepasen ciertos diezmos de la población y antes de la destrucción total, cesaría la posibilidad de continuar el proceso de su producción.

Más no debemos entregarnos al azar de este libre juego, entre la inmensidad del riesgo y la posibilidad de que el hombre se contenga en el límite permitido. Es hora de vencer con todas las fuerzas creadoras, esta incitación de la muerte de la vida contemporánea. Habrá que librar a Prometeo del conjuro mágico que lo tiene clavado a la roca en desagravio a su audacia. Vencer sea dicho y no resignar o someter la capacidad creadora del hombre al terror que le inspiran sus propias creaturas.

Es notorio que antes de ésta y de otras guerras del siglo, la vida humana se ha manifestado con una decidida vocación por la unidad de una Cultura y una organización sociales, donde las Naciones sólo signifiquen variaciones del carácter individual de los hombres; y donde, también, se articule la misión de cada hombre con las disponibilidades de poder y de creación que encierra la técnica. Una vida en que el hombre no tenga necesidad de la guerra, por estar comprometido a diario en la tarea de habérselas consigo mismo en toda su miseria y grandeza, con la fuente de su poder creador. Algo que podría resumirse en la fórmula de rescatar la conciencia de cada hombre a su verdadera libertad y al espectáculo, intensamente sentido, de su propia obra.

UNIVERSIDAD. No. 5.  
Monterrey, N. L., diciembre de 1945.

## EL PENSAMIENTO FILOSOFICO CONTEMPORANEO

La clasificación por doctrinas de acuerdo con los cánones tradicionales oculta, más que transparenta, el rasgo dominante que caracteriza nuestra edad filosófica. Tal catálogo a través de las posiciones al uso en las historias de la Filosofía —descartado el valor muy relativo de semejantes distinciones— va resultando cada vez más impracticable. Idealismo, Realismo, Espiritualismo, Materialismo y otras etiquetas igualmente convencionales, se manifiestan como clasificaciones caducas ante el número de trabados influjos que concurren en cada pensador actual.

Valdría la pena, quizá, revisar la historia para mostrar que estas nociones proceden de una concepción filosófica, cuya vigencia se ha ido esfumando hasta casi desaparecer en nuestros días. Las especies filosóficas no tienen esa inmovilidad y rigidez que impuso a las ideas, la calca de una teoría de la naturaleza que desconoció el flujo de lo viviente. Formas más o menos transitorias, las especies ideales y las orgánicas, no agotan el contenido de realidad a que se refieren. De otra manera resultaría incomprensible el nacimiento y la desaparición de las organizaciones biológicas y los sistemas de pensamiento a los que sirven de formas para su representación objetiva.

Por lo que respecta a las ideas, se sabe hoy que son perecederas en cuanto significados inherentes a una determinada cultura. De la muerte de éstas habla la historia. Cabe también el caso de herencia cultural, o sea, descendientes de formas de saber y conducta cuyos portadores originales han desaparecido. La cultura greco-latina sobrevive en la prole de los pueblos occidentales, en los cuales ejerce el efecto de una fuerza viva y no sólo la gravitación material de la noticia erudita que manejan los filólogos.

España previve, a su vez, en nosotros los hispano-americanos, como una raíz de nuestros actos; y lo que es notable, en forma de influjo independiente de lo que ella puede ser hoy. Tal modo particular revela auténtica herencia cultural y no simple comunicación o comunidad de existencia en el tiempo presente.

Somos más antiguos en orden a dicha cultura que los españoles contemporáneos. La intimidad en que vive cada quien su pasado es la verdadera medida de su edad; y de ahí que mientras la España actual toma su hispanidad del pasado inmediato, los pueblos americanos ascienden o descienden del espíritu español de los siglos XVI y XVII. Más acá de ese punto se inicia para nosotros lo propio, lo mexicano, que es ya disolución o contradicción de los factores hereditarios pero en todo caso construcción de obra nueva, donde puede haber coincidencias y cruces con la historia de la península, pero no pura prolongación biológica de aquélla.

Ocurren también nacimientos o renacimientos históricos. En los estratos situados a mayor hondura que no han encontrado expresión en la madurez de una cultura, se generan fuerzas que provocan esos vuelcos lentos o intempestivos en que las formas y los estilos inician un nuevo periplo.

Aceptando tales hechos elementales nos vemos obligados a rechazar aquellas clasificaciones lineales y estáticas de las ideas filosóficas, admitiendo en cambio su temporalidad y mudanza histórica. Acaso querrá ello decir que caeremos en una de tantas especies del escepticismo o del relativismo en orden al conocimiento? Antes de responder a esta cuestión, abonemos a la cuenta de nuestra conciencia histórica la convicción adquirida definitivamente de la naturaleza caidiza y provisional de las empresas humanas, así sea la exploración de los arcanos del ser.

Importa de los sistemas y doctrinas del pensamiento o de los fragmentos de éste rescatados del olvido, la

iluminación interior, el haz de luz que proyectan en las tinieblas de su propio ámbito. Con lo cual se establece únicamente una sana regla de interpretación, de hermenéutica de la Historia, sin restarnos por ello un ápice de esfuerzo, ni quitarle puntos de firmeza a nuestra certidumbre de alcanzar el horizonte del Ser en que se fincan todas las perspectivas.

Comprender así la Historia y particularmente la de las ideas, es tener encendidas lámparas que prestan claridad a nuestra noche —lo más permanente y continuo en el trayecto. Somos hermanos de nuestros antepasados por nuestra común ignorancia y zozobra; y aún la nuestra es una noche más densa que la antigua, por esta lección que nos ha traído la conciencia histórica, acumulando a las sombras originales de los tiempos la nuestra propia, que ha perdido la ingenuidad y el candor de considerar su propio momento como molde de la eternidad.

Hay, sí, una verdad objetiva y universal. Sólo que no sería tal como generación de los hombres, de uno sólo o de todos sucesivamente, en tanto que cualquiera de ellos o la totalidad pertenezcan a la serie temporal que es la Historia. Ni la serie misma sustantivada —lo histórico o la historicidad— puede reclamar semejante privilegio.

De esta última puede decirse que no alcanza a contener el ser de lo humano y con éste el del mundo dentro de sí, a manera de principio necesario y absoluto, o como infinitesimal en desarrollo de cuyo despliegue resultan los acontecimientos. Admitirlo bajo la fórmula Hegeliana, la vitalista o la existencialista, transporta el fin al origen y éste a aquél, en un puro movimiento de tránsito intelectual que se cumple instantáneamente, sin distancia, sin tiempo y por tanto sin acontecer real. La Historia queda reducida a la inmovilidad de lo Uno, el espíritu Absoluto de Hegel o el cualquier hombre, así sea un filósofo, de las otras fórmulas.

El arcano del ser es escamoteado en esta operación y

sólo resta un zumbido de muerte esparcido por la jabalina que arroja el experto cazador y que se cimbra clavada en el pecho de la presa. Desgarramiento doloroso que es quizá otra de las claves para descifrar el espíritu filosófico de nuestra Edad.

Si la Historia es esencia y acontecer real del ente humano —fuerza es que lo sea para recuperar la significación de ambas dimensiones de la realidad— duración, fin y principio son momentos del Ser. Y éste, además, en estado de trascendencia real y efectiva respecto de toda la serie de instantes y de entes en que se despiegue. Valga ello tan sólo a modo de anticipo de lo que puede vislumbrarse en las actuales especulaciones filosóficas, ya que todavía se mueve esta cuestión en la hondura sentimental del hombre contemporáneo.

Volvamos ahora a lo nuestro, que se reduce a considerar la situación del pensamiento filosófico contemporáneo. Sobre lo cual apenas hemos dicho que resiste el intento de una clasificación por las especies tradicionales. La vaga denominación de idealismo cubre por igual a concepciones tan diversas como el neo-Kantismo, la fenomenología y el pensamiento de Bergson. Son materialistas, acaso, el pragmatismo y el complejo de ideas que llevan el rubro de existencialismo? El mismo materialismo dialéctico es una especie híbrida y lo mismo vale del realismo escolástico o del personalismo filosófico.

Esta perspectiva al vuelo nos permitirá comprender mejor lo que está ocurriendo en materia filosófica. Y ello es, simple y llanamente, que principia una nueva edad de tradición filosófica, a través de un abandono de la producción de filosofía por sistemas de ideas. Estos son, si se quiere, una cristalización parcial y objetiva y no la única fuente de la filosofía.

Estamos acostumbrados desde Grecia a pensar en individuos filósofos. En la Filosofía como tarea de hombres relevantes o geniales y de ahí hemos pasado a concebir los sistemas como la expresión, por objetiva más re-

levante aún, de esa misma genialidad singular del pensamiento.

Pero en la medida que los sistemas o las ideas de los filósofos geniales se han mostrado interferentes y capaces de recíproca fecundación, a través de su presentación simultánea en la conciencia histórica, los compartimientos en que estaban encasilladas las ideas se han derrumbado y un flujo denso escurre de todos los rincones, arrastrando consigo la sustancia fluída de todo lo que guardaba como suya cada celdilla del panal.

Nada más lejos sin embargo de lo que se llama eclecticismo. Este supone una elección. La selección de trozos para componer otra figura con los miembros mutilados de los demás. La desmembración que requiere no es menos caprichosa que la membración posterior. El resultado es más pobre porque sacrifica múltiples individuos íntegros, para componer una suma de fragmentos sin unidad interna.

Se trata en nuestro caso de un fenómeno relativamente nuevo, con antecedentes en la historia. En los albores de la filosofía griega, antes que las figuras individuales de los filósofos se precisen en el horizonte histórico, anuncia la llegada de éstos una luz difusa que se derrama en círculo, ilumina y colorea las alturas y los confines del campo. Viene del Egipto, del Asia Menor, de la India lejana, de la propia Grecia. Viene de todas partes y de ninguna en particular.

Es una tradición que se expresa en forma de mitos, de fábulas poéticas, de procedimientos de construcción y agrimensura, de ritos del culto. Un torrente mezclado, turbio, cargado con todas las materias arrancadas por el aluvión de los siglos y puestas a fecundar de nuevo las pobladas márgenes del Mediterráneo.

Sólo más tarde, cuando las aguas descendieron de nivel, surgirán islotes pequeños de personalidades filosóficas singulares. Y aún estas aparecerán en forma de constela-